

narrativa

ASCENSIÓN BADIOLA
LA DECISIÓN DE
JUANA MIR

Obra ganadora del III Concurso
Ramiro Pinilla de novela corta
(2020) organizado por el Aula
de Cultura de Getxo. El jurado
estuvo constituido por Arantxa
Urretabizkaia, Juan Kruz Ige-
rabide y Txani Rodríguez.

*A Luis de G. por la ayuda prestada
a la hora de buscar documentación sobre Juana Mir.*

*A J.M. por ser su descubridor y
porque siempre estará en mi corazón.*

LA LLUVIA DE ANTES

15 DE JUNIO DE 1937

La radio ha dicho:

L*“A las siete de la tarde de hoy, ha estallado un obús en la zona del Malmasín, en una edificación llamada la ‘casa de máquinas’, y ha destrozado uno de los fortines de defensa establecido por el batallón Otxandiano a las afueras de Bilbao. El llamado Cinturón de Hierro ha sido ya atacado por varios de sus flancos y sabemos que este es el fin y que la rendición se producirá pronto”.*

En la rotativa del periódico *La Tarde*, donde yo trabajo, estamos gastando la última tinta para insuflar optimismo a los civiles y a los combatientes que van a tener que replegarse hacia Santander.

Me muevo entre luces y sombras. Tengo miedo. Todo el mundo habla de huir, pero yo no puedo irme. No quiero. Seguramente, estos militares que van a ocupar la ciudad en pocas horas no son tan terribles como dicen, o sí. Harán justicia, su justicia, pero no pueden meterse con alguien como yo, una mujer inocente, así que confiaré en la bondad y en el buen criterio del enemigo. No me iré, a pesar de que sé que,

a veces, una decisión te cambia la vida y puede hacerlo irremediablemente, sin una segunda oportunidad para rectificar.

El meollo del juego está en decidir bien o mal, en confiar en la suerte o en no atreverse a hacerlo.

Entre tanta confusión, a ratos, dejo deslizar mi pensamiento sobre un prado verde menta que viene a refrescar mis ojos. Oigo el crujir de la tierra, dejando paso a los brotes de hierba. Todo a mi alrededor está vivo menos yo, pero, a pesar de ello, puedo todavía oler la lluvia y palpar el campo, antes de que se vista de florecillas de San José o de manzanillas con pétalos blancos y cuerpo amarillo. En mi ensoñación, también hay nubes grises que atraviesan con rapidez el cielo, como muestra de que el tiempo pasa deprisa. Deprisa...

Mis pensamientos me llevan hasta diciembre de 1935, cuando escuché esta misma frase, la de que el tiempo pasa deprisa. Fue la tarde del 30 de diciembre, en el café Suizo, cuando todavía vivíamos felices y despreocupados, ignorando la existencia de jueces implacables y nada sabíamos de sentencias ni verdugos, mientras apurábamos a sorbos copas de champán francés y brindábamos por un buen año 1936, un deseo tan etéreo como el humo de los cigarrillos y la risa, que se esfuma ante un simple disparo.

¡Clin!, ¡Clin!

—El tiempo pasa deprisa. ¿No os dais cuenta? Anteayer desfilábamos en procesión con la cofradía del Nazareno, ayer nos bañábamos en Aizkorri y hoy estamos brindando con champán por el nuevo año. ¡Clin! ¡Clin! Quiero hacerlo por nuestra colega Juana Mir, la niña bonita del periódico —dijo Melchor Jaureguizar mirándome sonriente y levantando su copa para chocarla con las nuestras entre vaharadas de humo de cigarrillos, mientras reíamos y sonaba la música en el café,

ubicado en los bajos del Gran Hotel de Inglaterra, un hotel de lujo para el que yo misma había redactado la publicidad:

“Habitaciones en pensión completa por 15 pesetas, vistas magníficas desde todos los balcones, a menos de 200 metros de todas las estaciones, mirando al mejor paseo, y al lado de las mejores iglesias, teatros, cines, cafés y boutiques de la villa”.

Me pagaron bien por ese corto anuncio.

Por aquel entonces, el de Inglaterra era probablemente el mejor hotel de la ciudad. Estaba siempre completo y todo el mundo lo achacaba al buen hacer de los hermanos Zubillaga, sus propietarios, que improvisaban fiestas, preparaban excursiones, atendían a sus clientes con exquisitez y disponían de las habitaciones más confortables y mejor decoradas.

El recuerdo me hace sonreír. ¡Y pensar que me hice publicista, primero, y periodista y escritora, después, para ganarme mi trocito de inmortalidad! Como si juntar palabras con más o menos acierto y mostrar en público mi opinión fuesen a hacerme un hueco en el parnaso de los inmortales. Precisamente en un momento en el que la opinión debía ser el secreto mejor guardado, aunque ninguno de nosotros lo sospechásemos siquiera.

Vivíamos con libertad. Hablábamos sin miedo. Opinábamos y discutíamos sobre ideología en cualquier café, en cualquier esquina o plaza, y, además, los periodistas hacíamos oficio con ello, para que cualquiera pudiese leernos.

Desde bien joven había escrito cuentos, relatos y artículos, firmados con mi propio nombre, Juana Mir, y hasta me había atrevido a iniciar tímidamente alguna novela que nunca llegué a terminar, por temor a que no tuviese la suficiente calidad o a no saber llevar al papel lo que bullía dentro de mi cabeza.

Con cierta frecuencia, la ansiedad que me provocaba ese temor me hacía sentir vacía, cansada. Entonces, me sumía en largos periodos de silencio y de inactividad mental que me permitían después escribir más y mejor, aunque siempre fuesen tantas las dudas. Ser escritora me resultaba cada vez más doloroso y difícil. Era un juego solitario el de las ideas, el de la denuncia de las injusticias, que a menudo solo aportaba esterilidad y desasosiego a mi alma inquieta.

Aquel último día de diciembre en que brindamos, fuimos tan ingenuos que preferimos suponer que el mundo se arreglaría solo, que la grave crisis económica, que las duras consecuencias de las revueltas obreras de octubre de 1934 y que los acuciantes problemas políticos se solucionarían tan solo con desearlo.

En 1935, yo trabajaba en el periódico *La Tarde*, situado en la calle Correo, 17, del Casco Viejo bilbaíno, y también colaboraba con una revista llamada *Radio*. Tenía la profesión que había soñado y la vida me sonreía, pero mi motivo principal para brindar era que acababa de conseguir una columna entera para mí sola, centrada en temas considerados exclusivamente femeninos, en principio, pero que yo, con buena mano y mucho tiento, iría transformando en un espacio de opinión general, que procuraría que fuese cada vez un poco más largo, tal y como había venido haciendo con mis artículos anteriores, a base de negociar con mi superior números de palabras y de líneas, como quien regatea en un mercado el precio de las verduras que venden las caseras.

Yo era la única mujer periodista de *La Tarde*, un diario independiente que, junto con el *Euzkadi*, de tinte nacionalista, y *El Liberal*, de Indalecio Prieto, de ideología socialista, formaban parte de la prensa republicana, enfrentada a *La Gaceta del Norte*, de derechas.

Yo siempre había querido ser periodista, desde muy niña. Me gustaba ver a mi padre meter las cuartillas blancas en la máquina de escribir, pulsar las teclas y pasar el carro con la suficiente rapidez como para que la pequeña hoja de papel saliese de la máquina repleta de símbolos de tinta. Yo miraba aquellos signos con curiosidad, como miran los niños, aumentando su atención sobre los gestos pequeños, las formas, los colores y los aromas. El olor de la tinta quedó grabado en mis recuerdos infantiles como una sensación agradable, el perfume de mi padre era tinta y colonia de afeitado.

“¿Qué son, *aita*?”, le preguntaba, y él se agachaba para poner su cabeza junto a la mía y me decía: “Son ideas. En esa cabecita tuya también las hay y algún día podrás contarlas; así, por escrito, o, quizá, de viva voz. Las ideas son como corderitos que nacen en nuestra cabeza y crecen cuando salen de ella hasta que son capaces de correr libres por el mundo para cambiarlo a su antojo”. Aquello de los corderitos que me había dicho mi padre siguió haciéndome sonreír hasta muy de mayor, cuando definitivamente entendí que es cierto que las ideas pueden variar el curso de los acontecimientos que vivimos, para mejorar nuestra situación o para destruirla.

Yo seguía su consejo. Escribía mis ideas y mis opiniones sobre esto o aquello, pero no logré entrar en el periódico hasta que él falleció.

Mi padre se llamaba Octaviano Mir Mata, aunque todos le llamaban Octavio. Era redactor en el diario monárquico *El Pueblo Vasco* y había sido director-fundador de *El Correo Vasco*, en 1899. El buen nombre de mi padre, la necesidad familiar y mi empeño en no tener otro oficio que no fuese ese me procuraron pequeñas colaboraciones que no me permitían vivir, pero sí me proporcionaban algún ingreso. Así fue como, poco a poco, fui metiendo la cabeza en la profesión y me convertí

en escritora y periodista, un terreno difícil para una mujer, donde el “intrusismo femenino” no era bien visto, a pesar de que ya despuntaban algunas autoras con obra publicada, como la de la jovencísima Carmen Payá, titulada *Aventuras de un hombre tímido en París*, a caballo entre la novela, el reportaje y el libro de viajes, y bien considerada por la crítica literaria.

Mi columna, “La mujer escribe”, iba a ser el salto cualitativo en mi profesión, pero hasta entonces, tenía que malvivir con artículos de moda y pequeños reportajes sobre temas femeninos y ocuparme de las efemérides, de la nota del tiempo, de la sección de últimas noticias y de rellenar todos los huecos que fuese necesario para tener cada ejemplar a punto. Un espacio de opinión firmado con mi nombre era un ascenso en toda regla y el reconocimiento de que mi trabajo y “mis corderitos” eran buenos.

—Si sigues así, terminarás ocupando la página completa, como tus compañeros —me había dicho el jefe de redacción apenas unos días antes, y me limité a sonreír tímidamente, aunque por dentro bufase por conseguir más relevancia, al menos la misma que otros colegas que llevaban el mismo tiempo que yo trabajando en el periódico, desde 1929, y que por ser hombres habían ascendido y ya ganaban mucho más que yo.

Aquella tarde del brindis, yo estaba muy lejos de imaginar el vuelco que iba a poner patas arriba mi vida, la vida de la ciudad, en general, y mi ansiada columna de opinión.

Entonces, solo pensaba en divertirme y en brindar con mis amigos y colegas de profesión, como Jenaro de Egileor, nacido en Galdakao, un recién llegado, quince años más joven que yo, pero con una fulgurante carrera, que escribía bajo el seudónimo de *Atxerre* y que iba a ser nuestro director a partir de febrero del año entrante; Melchor Jaureguizar Hospitaleche,

que trabajaba tanto para el *Euzkadi* como para *La Tarde*, y firmaba sus artículos con el seudónimo de *Gogor*; Diego Pascual Eraso, otro navarro como yo, aunque él era de Corella, y que firmaba sus artículos como *Javi de Urroz*; Edilberto Herrero Estella, también de ascendencia navarra y cuya firma era *E de E* o *Edilberto de Estella*; Manu Irazola, que era a ratos el chico de los recados y que lo mismo cambiaba una bombilla rota que escribía un artículo cuando había un hueco, normalmente sin firma, aunque de vez en cuando pusiese *Don X*, y por último, yo, Juana Mir García, pamplonesa, la única mujer redactora y, un poco como Manu, una *rellenabuecos*.

Jenaro de Egileor llevaba muy poco tiempo en el periódico, pero entró por la puerta grande y tuvo su columna de opinión en portada desde el primer día. Era delgado y alto e iba siempre impecablemente afeitado y repeinado con el pelo engominado hacia atrás. Todos le consideraban un hombre inteligente y sumamente educado, además de poseer un excelente sentido del humor y de saber meterse a la gente en el bolsillo. A mí me cayó bien, a pesar de que al principio generó entre nosotros ciertas suspicacias, pues, a pesar de su juventud, se convirtió en nuestro jefe apenas tres meses después de su llegada. Su innegable talento lo demostró al escribir su columna diaria, titulada “Revoloteos”.

A Diego Pascual, en cambio, lo conocía de hacía mucho, de la época del Ateneo Navarro, ubicado en la calle Berroeta Aldamar de Bilbao, que luego se trasladó a la calle Nueva. Había sido fundador y presidente del centro, al que yo, mientras permaneció abierto hasta 1931, solía acudir con frecuencia por la labor social y cultural que realizaban.

Cuando falleció mi padre, fue Diego el que me consiguió un trabajo en el Ateneo y alguna ayuda económica para que mi hermano pequeño, Joaquín, pudiese seguir estudiando.

De no haber sido por él y por su deseo de enseñar, ya que era maestro, no sé lo que hubiese sido de mi familia. *Urroz*, como lo llamábamos, iba siempre con *txapela*. Su sempiterno bigote y su expresión de pillo lo hacían simpático. Su inquietud intelectual le permitió preparar interesantes conferencias y debates, además de haber creado una enorme biblioteca que se disolvió en 1931 por falta de fondos. Llegó al periódico *La Tarde* en el otoño de 1935 y yo celebré su llegada.

Por el contrario, Edilberto, a quien llamábamos *Berti*, era muy tímido y había que sacarle las palabras y la sonrisa con sacacorchos. Apenas sabía nada de él, a pesar de que llevaba mucho más tiempo que yo en la redacción.

También Manu Irazola era un tipo serio, poco dado a hablar, aunque era buen colega y te ayudaba en todo lo que podía. Su forma de vestir impecable, su pelo engominado y su barba terminada en punta y siempre perfecta eran lo que más llamaba la atención de él. Le insistieron en que buscara un seudónimo para sus artículos y, en una tarde de bromas, dijo que firmaría como *Don X*, que eso le daba un aire misterioso y sensual, y, al decirlo, me guiñó un ojo, lo que hizo reír a todos y a mí me enrabietó un poco.

No quería bromas de ese tipo. Yo quería ser como ellos, un colega más, y no deseaba que me viesen como a una mujer, aunque supongo que era inevitable. Desde luego, yo tampoco hacía nada por disimular que lo era ni siquiera en el aspecto exterior, pues vestía a la última moda femenina, gracias a la buena costura de mi hermana Genara, que suplía la imposibilidad de pagar una buena modista, y me movía, hablaba y exponía mis ideas como solo una mujer podría hacerlo. Nunca entendí a las mujeres que, para equipararse en derechos a los hombres, se vestían como ellos. Mi guerra contra el excesivo

protagonismo masculino incluía igualdad de derechos y reivindicación de la imagen femenina.

Melchor Jaureguizar Hospitaleche, además de funcionario en el ayuntamiento de su pueblo, Barakaldo, en el que había sido concejal en los años veinte, era también un redactor, algo mayor que yo, de carácter abierto, al que le gustaban las tertulias y discutir de política, de economía y de literatura, a quien conocí en una de aquellas reuniones que se celebraban en el Suizo. Escribía artículos tanto para el *Euzkadi* como para *La Tarde* y a mí me gustaba su conversación por sus grandes conocimientos de política, de la que yo apenas sabía casi nada, y también porque nunca se andaba con rodeos. Al pan, pan, y al vino, vino.

Melchor era el único que estaba casado en aquella época, lo que me disgustó seriamente cuando le conocí, porque me hubiese gustado mucho flirtear con él. Siempre que estaba presente, se abría un debate o una furibunda discusión. Se empleaba con pasión y talento para comunicarse e implicar a los demás, y yo adoraba aquella fuerza suya y su fuerte personalidad.

Aquella última jornada de diciembre, habíamos salido de la redacción eufóricos por el gran repunte de ventas del periódico y por la felicitación de nuestros jefes por nuestro buen trabajo. Al poco de brindar, él se escabulló con la excusa de comprar turrón duro de almendras en el puesto de Eladio Iváñez, situado en un portal de la calle Bidebarrieta. Era habitual que los turroneiros llegados de Jijona se estableciesen en portales.

Melchor había salido ya al frío destemplado del exterior del café, cuando me di cuenta de que no estaba, y tuve que correr tras él y buscarle entre el gentío, aunque no fuese difícil localizarlo, ya que aquel día vestía un bonito sombrero

y un elegante abrigo largo marrón de lana, sobre un traje de chaqueta con solapas cruzadas anchas, de corte estrecho en la cintura y amplio en los hombros, con pantalones anchos, muy a la moda masculina del momento. Era un hombre apuesto y he de reconocer que me gustaba mucho, un gusto que tuve que disimular, disfrazándolo de formidable admiración.

—¡Espérame, Melchor! ¡Voy contigo! Yo también quiero comprar turrón de Jijona. A mi madre y a mis hermanos les encanta —dije sofocada, tras una corta carrerita forzando mis pies calzados con zapatos de tacón para alcanzarlo.

—Es caro, pero está muy bueno, sobre todo, el duro. ¡Cuanta más almendra, mejor! A mi mujer Clara, sin embargo, le gusta más el de frutas. Por cierto, me han dicho que te van a conceder una columna. ¡Enhorabuena! Hace tiempo que te lo mereces. No debe ser fácil ser mujer en un oficio de hombres en el que hay que evitar codazos y zancadillas para que no te roben un reportaje. Al menos, una sección femenina del periódico será exclusivamente tuya y no tendrás competencia —me dijo con la mirada fija en la acera, como si hablase de corazón, pero con un leve matiz de envidia enredado en sus palabras.

Tenía razón. La profesión no la hacían fácil algunos compañeros y yo sabía a cuáles de ellos se refería y con quiénes había tenido roces en los últimos tiempos. Me limité a darle las gracias. Aquel era un día perfecto y no quise ensuciarlo trayendo a colación las traiciones habituales de algunos de nuestros colegas de profesión que, por supuesto, no habían sido invitados a brindar en nuestro grupo y tampoco debían tener cabida en nuestra conversación. Un escalofrío me hizo abotonarme el cuello de mi abrigo.

—Espero que el año nuevo no comience con la ola de frío del mes de enero y febrero pasados. ¿Te acuerdas? Estuvo

nevando varios días seguidos y la nieve llegó a cuajar en las calles de Bilbao, algo insólito y poco visto por aquí –dije apretando los brazos contra el estómago para darme calor, mientras nos poníamos a la cola del turrón.

No quería continuar hablando de trabajo con Melchor, y no es que no confiase en él. Simplemente advertía una cierta hostilidad casi intangible. Era frecuente encontrarse con la incompreensión de los compañeros varones que, en el fondo, no admitían que una mujer les quitase su puesto de trabajo. No es que mi amigo fuese uno de ellos, al menos, no abiertamente, pero de vez en cuando, medio en broma medio en serio, dejaba caer algún comentario que demostraba su postura contra la mujer que trabajaba fuera de los fogones del hogar, contra la que fumaba como un hombre y, en general, contra la masculinización de las mujeres. Yo era una de ellas. A mi edad era soltera, fumaba y pretendía salir adelante en una profesión de hombres con alto grado de competitividad, si bien, afortunadamente, mi aspecto físico no era nada viril. Así era como yo entendía el feminismo, igualdad de oportunidades, pero desigualdad de sexos.

–Te veo escribiendo sobre política dentro de poco –me dijo sonriendo, pero con un cierto tonillo que me desagradó.

–Puede. No lo descarto. Nosotras también tenemos nuestra propia opinión política, aunque algunos crean que está influenciada por los curas y los maridos. Si bien es lógico que la mayoría se haya abstraído de esos asuntos hasta ahora, a fin de cuentas, no hace tanto que podemos votar. ¿Sabes?, yo pienso cambiar esa tendencia. Nosotras tenemos mucho que decir. No es que yo sea una experta en este campo, de momento, pero sé que la situación política actual es complicada. Por ejemplo, sé que la mayoría de las derechas no acepta el régimen republicano ni su Constitución, mientras que entre

los nacionalistas se cuestiona la unidad del Estado español y se propugna la creación de un Estado vasco. También el tema religioso es un aspecto candente que importa a la población, incluso más que la crisis y el paro obrero —dije intentando aparentar seguridad, pese a que sabía que me estaba moviendo en un campo resbaladizo y que, en cuanto me hiciese una pregunta de más, me pondría en un serio aprieto.

—No andas desencaminada. En las elecciones del próximo febrero de 1936, las izquierdas y las derechas van a enfrentarse en una lucha a vida o muerte. Por un lado, tenemos a Indalecio Prieto, que anda pregonando en *El Liberal* que o hunden a los enemigos de la libertad o serán hundidos por ellos, y, por otro, andan los carlistas, que vocean a sus bases que las próximas elecciones no serán como tantas otras, sino una oportunidad única para decidirse por la revolución o por la contrarrevolución, por España o por la antipatria, por Roma o por Moscú —explicó echando una bocanada de humo.

En la esquina con Santiago, un hombre tocaba el acordeón y un grupo de niños corría y gritaba a nuestro alrededor, cortando la fila y molestando a los que esperaban en ella. Afortunadamente, ya nos tocaba el turno. Él compró primero y, después, llegó mi turno. Guirlache, turrón a la piedra, colinetas de mazapán, yema tostada, frutas escarchadas, turrón de nieve, de coco, de chocolate y nueces. Me lo habría comprado todo. Adoraba la Navidad, sus dulces y los belenes, así como la solemnidad y el silencio misterioso de la misa del Gallo, celebrada a medianoche. La política me gustaba bastante menos.

—Y aquí, ¿quién crees que ganará? —pregunté poniendo el dinero sobre el mostrador, tras haber comprado tres tabletas de yema, nieve y almendra duro. Melchor ya había recogido sus paquetes y salía del portal a la calle, donde la cola seguía

umentando hasta confundirse con la del puesto de lotería de Navidad.

–Aquí lo único que importa es conseguir el Estatuto para tener nuestro propio gobierno, a pesar de las palabras de Calvo Sotelo. Después, ya se verá si hay que pactar con otros partidos para lograr mayorías –repuso caminando un poco por delante de mí, mientras yo guardaba todavía las vueltas en el bolso y volvía a colocarme los guantes.

Yo había leído sobre la oposición que el líder del Bloque Nacional mostraba al Estatuto y que había dicho frases como:

“Entregaros el Estatuto (...) sería un verdadero crimen de lesa patria. (...) Antes una España roja que una España rota”.

–¿Y qué piensas del recién fundado Partido Comunista de Euzkadi? –pregunté colocándome a la par suya para regresar al café.

–De momento, parece que solo es un mero satélite del Partido Comunista de España, ya se verá –dijo, como si el tema no tuviese importancia, y para mí la tenía. Los comunistas me daban miedo. Lo más suave que les había oído decir era que cualquier anticomunista es un perro. Ellos propugnaban la revolución contra el fascismo. ¿Y quién necesitaba una revolución o una guerra?, pensaba yo, que vivía cómodamente, a pesar de mis dificultades económicas. Yo deseaba una vida tranquila y mis deseos se habían manifestado hasta entonces en mis artículos costumbristas, como el titulado “La noche de San Juan” o “La Virgen del Carmen”.

Uno de aquellos ejemplos de comunismo era Dolores Ibarruri, quien acababa de redactar en la Unión Soviética un perfil suyo, como activista, para la Internacional Comunista. En él hacía referencia a sus orígenes mineros y a la rebeldía

contra sus padres, al casarse con un obrero socialista comprometido; hablaba del abandono del catolicismo e incitaba a las mujeres a rebelarse contra el sistema establecido para ellas, como esposas sumisas y madres dedicadas, para implicarse más en la lucha política. Yo había leído un reportaje sobre ella, publicado en octubre de 1931 en la revista *Estampa*, cuando ya era una figura de relevancia pública, que había escrito numerosos artículos en prensa y se había presentado como candidata comunista por Bilbao a las elecciones legislativas. Su retórica era excelente y su mensaje novedosísimo, pero a mí me daba miedo su ímpetu viril y su dureza. ¿Quién sino ella podría haber resistido la muerte de sus cuatro hijas y seguir empeñada en su particular revolución con una detención tras otra, poniendo por delante de las relaciones personales y de la familia su dedicación al Partido?

Regresamos al café Suizo con nuestros paquetes, pero ya no volvimos a hablar de política en toda la tarde. Más champán, más brindis y unos bombones que trajo el camarero de más edad, *el Boni*, que vestía chaqueta blanca y pajarita negra y siempre llevaba la bandeja plateada llena de cafés humeantes y la sonrisa en la boca, en la que sobresalía un diente de oro, como parte de los ahorros conseguidos con sacrificio y trabajo.

“¡Más champan! ¡Que tenemos la boca seca!”, gritaba Manu cuando entramos en el café, que se había llenado de gente que celebraba el fin de año. El murmullo que habíamos dejado se había multiplicado por docenas de voces que alborotaban como un patio de colegiales.

Mirando un poco hacia atrás, puedo decir que 1935 había sido el año en que compré, con mi primer sueldo decente, nuestro primer calefactor *Ideal Classic* para que mi madre, ya enferma, no pasase frío durante el invierno, y también un Kelvinator en la tienda de refrigeración que abrieron en

Henao, 6, cuya publicidad prometía helados para el verano, hielo limpio para las copas y más tiempo de conservación de la comida. Ese año también se había estrenado la vía férrea de Bilbao a Santander, que nos llevaría en apenas unas horas de una ciudad cantábrica a otra. La tecnología avanzaba sorprendentemente, pero algo me decía que los cerebros no, que las ideologías encontradas, la falta de racionalidad, la intransigencia, eran el pan de cada día, y ese pan oscuro solo podría traernos hambre.

Ha transcurrido tan solo año y medio desde aquel brindis y parece que una eternidad separe el aire festivo de aquel día de las explosiones de estas semanas, o el humo de los puros de entonces, del provocado por las bombas incendiarias que han vestido la ciudad del color de la ceniza.

Aquel último día de trabajo de 1935, la fiesta todavía duró. Se contaron chistes, se habló de política, de economía, se discutió después de muchas copas y, al final, nos fuimos tarde a casa, yo aferrada a la promesa de mi nueva columna, con la cara radiante, y Melchor, que me acompañó hasta el portal de mi casa en la calle Euskalduna, serio y preocupado por el cariz que estaban tomando las cosas, como si un presentimiento se estuviese abriendo camino en su mirada sagaz.

—¿Conoces a esos? —me preguntó al llegar al portal, y, al girarme, vi a dos hombres con gabán oscuro y sombrero de ala ancha que parecían sacados de la película *G Men-Contra el imperio del crimen*, y eso es lo que le dije riéndome—. No te lo tomes a risa. Somos periodistas y esta profesión a alguna gente le disgusta mucho. Te están siguiendo o a ti o a mí, puede incluso que a los dos, y ahora saben dónde vives.

—Pero, ¿para qué tendrían que seguirme a mí? Yo solo soy una pobre periodista que escribe cosas para mujeres. ¿A qué hombre le interesarían mis artículos o mi vida? —no contestó

y su talante serio me dejó muy preocupada. Me ordenó subir y me dijo que no se iría hasta que viese la luz del mirador en mi piso.

Cuando giré la llave en la cerradura, mi madre apareció de repente. Estaba demacrada y me amonestó por llegar tarde y preocuparla. Cuando le di la noticia de mi mejora laboral, en lugar de felicitarme, me dio una bofetada. Sin tiempo para lamentarme, corrí al mirador y encendí la luz. Vi cómo se alejaba Melchor, que salió a la calle Hurtado de Amézaga y giró hacia abajo. Allí seguían los dos hombres. Los estuve observando y, al cabo de un rato, ellos tomaron el mismo rumbo que mi colega. ¿Lo estaban siguiendo a él?

Luego me encerré en mi habitación y, en vez de llorar por la incompreensión de mi madre, me puse a escribir. Me sentía invencible y nadie iba a amargarme mi pequeño momento de gloria.

Yo era una periodista católica y renegaba de todos aquellos que tenían por única religión la libertad, como si aspirar a ser libre fuese solo cosa de ateos. Había que ser consecuente y mis opiniones iban a ir en esa línea, no como las de Dolores Ibarruri, una activista valiente que luchaba por ella misma y por las mujeres de su entorno minero, abocadas a sufrir miseria, cargadas de hijos, mientras sus maridos se mataban a trabajar, dejándose los pulmones en los tajos y emborrachándose luego en las cantinas. Luchar por salir de esa miseria era loable, aunque hiciese falta una carga de valentía poco común, pero había otras formas de romper con el sistema no tan a la desesperada.

En cierto modo, intentar ser periodista en un mundo de hombres era, sin pretender compararme con Ibarruri, una forma de romper moldes, pero ¿iban los tipos del sombrero o los que fuesen como ellos a permitir que una mujer emitiese

por escrito opiniones contrarias a los cánones establecidos para ellas? Si eran capaces de perseguir a Melchor, que era fuerte, ¿qué no harían contra mí?

Bastaba pensar en la violencia de un combate de boxeo o en la que se organizaba entre vencedores y vencidos después de cualquier torneo deportivo, en el que siempre eran los otros los que habían hecho trampa o habían obtenido el favor del árbitro o, simplemente carecían de razón, y, para demostrarlo, la emprendían a puñetazos. El mundo de los hombres era entonces un lugar de una enorme hostilidad entre el fuerte y el débil, en el que las mujeres éramos menos que el más débil entre los débiles y, por tanto, nos correspondía siempre el rincón y el silencio. Y eso no ha cambiado, mucho menos ahora, que estamos en plena guerra.

De vencedores y vencidos es precisamente de lo que están hablando en la radio, hoy 15 de junio, a las 7 de la tarde, hora en la que acabo de sacar unas tazas de achicoria, sin azúcar, que escasea, mientras mi hermana Genara y yo escuchamos el programa, dando pequeños sorbitos, casi sin hacer ningún comentario.